ECOS DE FICCIÓN

El ruido podría ser el título de una novela inédita de **Juan José Saer**, pero en realidad se trata del estado presente del mundo editorial. Todos formamos parte sin poder evitarlo de esa furia que nos apostrofa el gusto y los sentidos. Las editoriales, según su tamaño y potencia, buscan legítimamente conquistar su *Shangri-La* particular. Es decir, cazar el último hallazgo magistral, el Potosí que significa un autor luminoso y definitivo. Un nuevo y actualizado **Nabokov** que arrase en ventas y sea puntal económico de sus haciendas. Lo cierto es que esto sucede más bien poco, por no decir muy de tarde en tarde. Cuando ocurre, hay que apoyarlo y darle la difusión que merece, pero es un fenómeno extrañísimo. Una cosa son los reclamos publicitarios encendidos, cada vez más normalizados, y otra la solidez estructural de las obras.

Juan Laborda Barceló

Sin embargo, lo que no suena tanto estos días es el poderío mudo de firmas que ya no están, pero cuya valía literaria es innegable. Esa es otra premisa que conviene repetir como un mantra penetrante en este tiempo de oscuridad pandémica y mesas de novedades tan desbordadas como superfluas: La calidad literaria es independiente del gusto de cada cual. Saber distinguirla es harina de otro costal, pero resulta evidente que el axioma es tan cierto como antipático para los acomodaticios años que corren. Dilucidar cómo se separa el grano de la paja sería objeto de un ensayo ajeno a los breves límites de estas páginas. Lo que sí podemos acometer aquí -se trata casi de un imperativo moral- es el rescate de una de esas voces cuyo eco no se corresponde mediáticamente con la enormidad de su valor literario. Nos estamos refiriendo al prolífico y simbólico Juan José Saer.

El autor argentino llegó a España de la mano del desaparecido editor **Jordi Estrada**. Publicó en Planeta y algo después, quizá aconsejado por su agente, la gran **Carmen Balcells**, decidió cambiar de sello. En 1987 recibió el Nadal por *La ocasión*, pero en nuestras latitudes resultaba complejo hasta hace poco conseguir buena parte de su obra primera. La intrahistoria editorial es tan fascinante como desconocida y caprichosa. Quizá, presa de ese mismo albur y compromiso azaroso, la editorial catalana Rayo Verde, capitaneada por **Laura Huerga**, ha ido publicando lento, pero firme, la obra del escritor en nuestro país. Ahora le llega el turno, pues acaba de aterrizar en las librerías, a una novela extraordinaria, octava en el haber del sello de este autor. *Las nubes* recoge con la naturalidad impostada de un verso libre los elementos principales de la obra de Saer.

La universalidad literaria, además de una prosa barroca, clarísima, intensa y capaz de sostener por sí sola la narración (como también lo lograban maestros del calibre de **Gracq**), se ve desde el arranque mismo de esta ficción. Un manuscrito perdido, curiosamente hallado por los personajes de *La pesquisa* (novela publicada también por Rayo Verde en 2012) es el punto de partida, tan clásico como una memoria de lo vivido. No por repetida la fórmula de *mise en abyme*, es decir de abismar una narración dentro de otra, deja de ser eficaz. Desde **Jan Potocki**, con su obra *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804), hasta **Mika Waltari** en *Sinuhé, el egipcio* (1945), por poner algunos ejemplos, lo utilizaron. La conocida técnica es, no obstante, algo más en Saer. Su utilización le permite fabular sin límite a caballo entre la memoria, los hechos y la ficción. La contienda entre realidad y relato parte del argumento mismo. Los motivos nucleares en Saer, el pulso de lo que creemos cierto y de lo que sentimos, son los mismos de siempre, pero a la vez

cambiantes. Un alienista, tal y como llamaban a los incipientes psicólogos, o médicos del alma, cuenta las vicisitudes de su maestro para crear un sanatorio mental en el campo argentino en los albores del siglo XIX. Del mismo modo, desglosa su peripecia accidentada para trasladar a un grupo de enfermos desde sus lugares del origen al citado sanatorio.

Los vericuetos de la narración son parte del misterio de esta novela fabulosa, cuya mayor virtud reside en la poco habitual y afortunada combinación de dos factores: el reflejo fiel y alucinado de la experiencia humana y las consideraciones brillantes sobre temas fundamentales.

Es esta una novela río, a pesar de su extensión media, pues conecta con todo el universo del autor. La obra nos lleva a los territorios conocidos de Saer, pero desde nuevas perspectivas. La locura como elemento quebrantador del prestigio social («nada puede llegar a ser más contagioso que el delirio»), el pensamiento crítico como generador de conflictos («sufríamos el flagelo de los que piensan»), el papel o el lugar de los indígenas, pero sin ser abiertamente indigenista (cuestión fascinante por el enfoque en esta obra y que recuerda los mimbres de *El Entenado*). Igualmente, las enfermedades mentales de los personajes tienen un trasunto en el mundo de las ideas abstractas y se convierten en metáfora, a veces sexual, de teorías varias. Es en la reflexión filosófica, solvente, original y atractiva donde este libro (como todos los de Saer) cobra vuelo y se hace un clásico («lo trágico puro existe únicamente en los dominios del arte, en la realidad se encuentra atemperado por algún elemento cómico, grotesco o aún ridículo»). Todo ello sin perder la fuerza narrativa y la calidez humana de los personajes. Hay en Saer una cuadratura del círculo que fascina como un arcano olvidado en tierras exóticas. Es un viento fresco que lo convierte en un maestro generando clímax abrumadores, no necesariamente en el cierre de sus obras.

Estamos ante una literatura que, como la de **Borges**, se convierte en laberinto (desde la manera de contar hasta el sentido último de los textos). El trayecto, trufado de filosofía, conocimiento y humanidad nos transformará, como suele ocurrir durante los viajes interiores de duelo y búsqueda, en alguien distinto. No dejen de recrearse en el camino. ■

ECOS DE FICCIÓN

El ruido podría ser el título de una novela inédita de **Juan José Saer**, pero en realidad se trata del estado presente del mundo editorial. Todos formamos parte sin poder evitarlo de esa furia que nos apostrofa el gusto y los sentidos. Las editoriales, según su tamaño y potencia, buscan legítimamente conquistar su *Shangri-La* particular. Es decir, cazar el último hallazgo magistral, el Potosí que significa un autor luminoso y definitivo. Un nuevo y actualizado **Nabokov** que arrase en ventas y sea puntal económico de sus haciendas. Lo cierto es que esto sucede más bien poco, por no decir muy de tarde en tarde. Cuando ocurre, hay que apoyarlo y darle la difusión que merece, pero es un fenómeno extrañísimo. Una cosa son los reclamos publicitarios encendidos, cada vez más normalizados, y otra la solidez estructural de las obras.

Juan Laborda Barceló

Sin embargo, lo que no suena tanto estos días es el poderío mudo de firmas que ya no están, pero cuya valía literaria es innegable. Esa es otra premisa que conviene repetir como un mantra penetrante en este tiempo de oscuridad pandémica y mesas de novedades tan desbordadas como superfluas: La calidad literaria es independiente del gusto de cada cual. Saber distinguirla es harina de otro costal, pero resulta evidente que el axioma es tan cierto como antipático para los acomodaticios años que corren. Dilucidar cómo se separa el grano de la paja sería objeto de un ensayo ajeno a los breves límites de estas páginas. Lo que sí podemos acometer aquí -se trata casi de un imperativo moral- es el rescate de una de esas voces cuyo eco no se corresponde mediáticamente con la enormidad de su valor literario. Nos estamos refiriendo al prolífico y simbólico Juan José Saer.

El autor argentino llegó a España de la mano del desaparecido editor **Jordi Estrada**. Publicó en Planeta y algo después, quizá aconsejado por su agente, la gran **Carmen Balcells**, decidió cambiar de sello. En 1987 recibió el Nadal por *La ocasión*, pero en nuestras latitudes resultaba complejo hasta hace poco conseguir buena parte de su obra primera. La intrahistoria editorial es tan fascinante como desconocida y caprichosa. Quizá, presa de ese mismo albur y compromiso azaroso, la editorial catalana Rayo Verde, capitaneada por **Laura Huerga**, ha ido publicando lento, pero firme, la obra del escritor en nuestro país. Ahora le llega el turno, pues acaba de aterrizar en las librerías, a una novela extraordinaria, octava en el haber del sello de este autor. *Las nubes* recoge con la naturalidad impostada de un verso libre los elementos principales de la obra de Saer.

La universalidad literaria, además de una prosa barroca, clarísima, intensa y capaz de sostener por sí sola la narración (como también lo lograban maestros del calibre de **Gracq**), se ve desde el arranque mismo de esta ficción. Un manuscrito perdido, curiosamente hallado por los personajes de *La pesquisa* (novela publicada también por Rayo Verde en 2012) es el punto de partida, tan clásico como una memoria de lo vivido. No por repetida la fórmula de *mise en abyme*, es decir de abismar una narración dentro de otra, deja de ser eficaz. Desde **Jan Potocki**, con su obra *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804), hasta **Mika Waltari** en *Sinuhé, el egipcio* (1945), por poner algunos ejemplos, lo utilizaron. La conocida técnica es, no obstante, algo más en Saer. Su utilización le permite fabular sin límite a caballo entre la memoria, los hechos y la ficción. La contienda entre realidad y relato parte del argumento mismo. Los motivos nucleares en Saer, el pulso de lo que creemos cierto y de lo que sentimos, son los mismos de siempre, pero a la vez

cambiantes. Un alienista, tal y como llamaban a los incipientes psicólogos, o médicos del alma, cuenta las vicisitudes de su maestro para crear un sanatorio mental en el campo argentino en los albores del siglo XIX. Del mismo modo, desglosa su peripecia accidentada para trasladar a un grupo de enfermos desde sus lugares del origen al citado sanatorio.

Los vericuetos de la narración son parte del misterio de esta novela fabulosa, cuya mayor virtud reside en la poco habitual y afortunada combinación de dos factores: el reflejo fiel y alucinado de la experiencia humana y las consideraciones brillantes sobre temas fundamentales.

Es esta una novela río, a pesar de su extensión media, pues conecta con todo el universo del autor. La obra nos lleva a los territorios conocidos de Saer, pero desde nuevas perspectivas. La locura como elemento quebrantador del prestigio social («nada puede llegar a ser más contagioso que el delirio»), el pensamiento crítico como generador de conflictos («sufríamos el flagelo de los que piensan»), el papel o el lugar de los indígenas, pero sin ser abiertamente indigenista (cuestión fascinante por el enfoque en esta obra y que recuerda los mimbres de *El Entenado*). Igualmente, las enfermedades mentales de los personajes tienen un trasunto en el mundo de las ideas abstractas y se convierten en metáfora, a veces sexual, de teorías varias. Es en la reflexión filosófica, solvente, original y atractiva donde este libro (como todos los de Saer) cobra vuelo y se hace un clásico («lo trágico puro existe únicamente en los dominios del arte, en la realidad se encuentra atemperado por algún elemento cómico, grotesco o aún ridículo»). Todo ello sin perder la fuerza narrativa y la calidez humana de los personajes. Hay en Saer una cuadratura del círculo que fascina como un arcano olvidado en tierras exóticas. Es un viento fresco que lo convierte en un maestro generando clímax abrumadores, no necesariamente en el cierre de sus obras.

Estamos ante una literatura que, como la de **Borges**, se convierte en laberinto (desde la manera de contar hasta el sentido último de los textos). El trayecto, trufado de filosofía, conocimiento y humanidad nos transformará, como suele ocurrir durante los viajes interiores de duelo y búsqueda, en alguien distinto. No dejen de recrearse en el camino. ■

ECOS DE FICCIÓN

El ruido podría ser el título de una novela inédita de **Juan José Saer**, pero en realidad se trata del estado presente del mundo editorial. Todos formamos parte sin poder evitarlo de esa furia que nos apostrofa el gusto y los sentidos. Las editoriales, según su tamaño y potencia, buscan legítimamente conquistar su *Shangri-La* particular. Es decir, cazar el último hallazgo magistral, el Potosí que significa un autor luminoso y definitivo. Un nuevo y actualizado **Nabokov** que arrase en ventas y sea puntal económico de sus haciendas. Lo cierto es que esto sucede más bien poco, por no decir muy de tarde en tarde. Cuando ocurre, hay que apoyarlo y darle la difusión que merece, pero es un fenómeno extrañísimo. Una cosa son los reclamos publicitarios encendidos, cada vez más normalizados, y otra la solidez estructural de las obras.

Juan Laborda Barceló

Sin embargo, lo que no suena tanto estos días es el poderío mudo de firmas que ya no están, pero cuya valía literaria es innegable. Esa es otra premisa que conviene repetir como un mantra penetrante en este tiempo de oscuridad pandémica y mesas de novedades tan desbordadas como superfluas: La calidad literaria es independiente del gusto de cada cual. Saber distinguirla es harina de otro costal, pero resulta evidente que el axioma es tan cierto como antipático para los acomodaticios años que corren. Dilucidar cómo se separa el grano de la paja sería objeto de un ensayo ajeno a los breves límites de estas páginas. Lo que sí podemos acometer aquí -se trata casi de un imperativo moral- es el rescate de una de esas voces cuyo eco no se corresponde mediáticamente con la enormidad de su valor literario. Nos estamos refiriendo al prolífico y simbólico Juan José Saer.

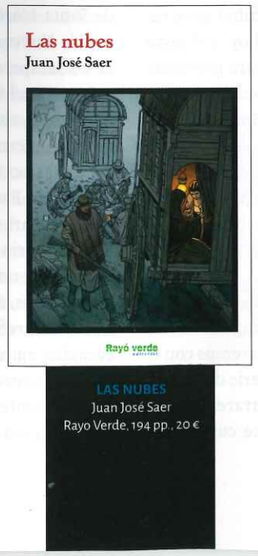
El autor argentino llegó a España de la mano del desaparecido editor **Jordi Estrada**. Publicó en Planeta y algo después, quizá aconsejado por su agente, la gran **Carmen Balcells**, decidió cambiar de sello. En 1987 recibió el Nadal por *La ocasión*, pero en nuestras latitudes resultaba complejo hasta hace poco conseguir buena parte de su obra primera. La intrahistoria editorial es tan fascinante como desconocida y caprichosa. Quizá, presa de ese mismo albur y compromiso azaroso, la editorial catalana Rayo Verde, capitaneada por **Laura Huerga**, ha ido publicando lento, pero firme, la obra del escritor en nuestro país. Ahora le llega el turno, pues acaba de aterrizar en las librerías, a una novela extraordinaria, octava en el haber del sello de este autor. *Las nubes* recoge con la naturalidad impostada de un verso libre los elementos principales de la obra de Saer.

La universalidad literaria, además de una prosa barroca, clarísima, intensa y capaz de sostener por sí sola la narración (como también lo lograban maestros del calibre de **Gracq**), se ve desde el arranque mismo de esta ficción. Un manuscrito perdido, curiosamente hallado por los personajes de *La pesquisa* (novela publicada también por Rayo Verde en 2012) es el punto de partida, tan clásico como una memoria de lo vivido. No por repetida la fórmula de *mise en abyme*, es decir de abismar una narración dentro de otra, deja de ser eficaz. Desde **Jan Potocki**, con su obra *El manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804), hasta **Mika Waltari** en *Sinuhé, el egipcio* (1945), por poner algunos ejemplos, lo utilizaron. La conocida técnica es, no obstante, algo más en Saer. Su utilización le permite fabular sin límite a caballo entre la memoria, los hechos y la ficción. La contienda entre realidad y relato parte del argumento mismo. Los motivos nucleares en Saer, el pulso de lo que creemos cierto y de lo que sentimos, son los mismos de siempre, pero a la vez

cambiantes. Un alienista, tal y como llamaban a los incipientes psicólogos, o médicos del alma, cuenta las vicisitudes de su maestro para crear un sanatorio mental en el campo argentino en los albores del siglo XIX. Del mismo modo, desglosa su peripecia accidentada para trasladar a un grupo de enfermos desde sus lugares del origen al citado sanatorio.

Los vericuetos de la narración son parte del misterio de esta novela fabulosa, cuya mayor virtud reside en la poco habitual y afortunada combinación de dos factores: el reflejo fiel y alucinado de la experiencia humana y las consideraciones brillantes sobre temas fundamentales.

Es esta una novela río, a pesar de su extensión media, pues conecta con todo el universo del autor. La obra nos lleva a los territorios conocidos de Saer, pero desde nuevas perspectivas. La locura como elemento quebrantador del prestigio social («nada puede llegar a ser más contagioso que el delirio»), el pensamiento crítico como generador de conflictos («sufríamos el flagelo de los que piensan»), el papel o el lugar de los indígenas, pero sin ser abiertamente indigenista (cuestión fascinante por el enfoque en esta obra y que recuerda los mimbres de *El Entenado*). Igualmente, las enfermedades mentales de los personajes tienen un trasunto en el mundo de las ideas abstractas y se convierten en metáfora, a veces sexual, de teorías varias. Es en la reflexión filosófica, solvente, original y atractiva donde este libro (como todos los de Saer) cobra vuelo y se hace un clásico («lo trágico puro existe únicamente en los dominios del arte, en la realidad se encuentra atemperado por algún elemento cómico, grotesco o aún ridículo»). Todo ello sin perder la fuerza narrativa y la calidez humana de los personajes. Hay en Saer una cuadratura del círculo que fascina como un arcano olvidado en tierras exóticas. Es un viento fresco que lo convierte en un maestro generando clímax abrumadores, no necesariamente en el cierre de sus obras.



Estamos ante una literatura que, como la de **Borges**, se convierte en laberinto (desde la manera de contar hasta el sentido último de los textos). El trayecto, trufado de filosofía, conocimiento y humanidad nos transformará, como suele ocurrir durante los viajes interiores de duelo y búsqueda, en alguien distinto. No dejen de recrearse en el camino. ■